

Corín Tellado

*Timidez
y amor*

COLECCION
CORAL



A sus dieciocho años, llevaba en sus labios el fuego del primer beso, como recuerdo inolvidable de su peregrina idea de visitar un país con el exclusivo propósito de buscar marido. Alguien que era, ni más ni menos, el hombre que codiciarían todas las chicas del mundo. Un relato de amor y juventud, en un sugestivo y apasionante marco.

Primera Parte

Capítulo I

Contaba dieciocho años y era, ciertamente, una muchacha muy bonita. De estatura algo mayor de lo corriente. Flexible, talle breve, caderas redondeadas, cabellos muy negros, asombrosamente lacios, pómulos salientes y ojos azules. Los ojos de Ester Guardiola eran grandes, rasgados; un poco misteriosos a causa de su tono, unas veces extraordinariamente oscuros, otras diáfananamente azules y transparentes. No era lo que se suele decir perfectamente hermosa, pero sí en extremo interesante.

En aquel instante se hallaba hundida en un cómodo canapé, en un rincón de la lujosa salita. Vestía pijama negro, ribeteado en rojo; calzaba chinelas haciendo juego y tenía en la boca un aromático cigarrillo, cuyas volutas expelía a pequeños intervalos, viendo distraída cómo ascendían juguetonas hacia el techo.

—¿Lo dices en serio, Greta?

—Absolutamente en serio, señorita Ester.

—¿Y no crees que exageras un poco?

—Temo quedarme corta.

—¡Hum!

A través de las espirales contempló el rostro un tanto incoloro de su nueva señorita de compañía. Greta Taylor quizá no esperaba hallarse con una muchacha, pero era lo mismo.

—Voy a leer la carta, Greta —dijo, extrayendo un papel ya muy manoseado, del bolsillo del pijama—. Siempre he considerado a mi abuelo un hombre original: pero jamás se

me ocurrió pensar que a su testamento adjuntara una carta como esta.

—Su abuelo, señorita —replicó Greta con acento vibrante—, debía haber vivido en el siglo treinta y seis. Y sin embargo, ha muerto ya.

—Es lamentable —ironizó la joven, al tiempo de aplastar el cigarrillo sobre el cenicero de bronce. Cogió el papel de mejor manera, lo colocó ante sus ojos y leyó con voz aflautada:

Mi querida benjamina:

Mientras tú terminas tu educación en ese luminoso París de mis amores, yo termino mis días en un rincón de la vieja Inglaterra. Que esto no te apene, querida mía. Yo me muero, es cierto; pero me voy satisfecho porque dejo en el mundo una continuación de mi mismo. A los diez años, pequeña Ester, me quedé solo en el mundo. Creo que ya lo sabes; aunque lo que si quizá ignores es que a pesar de tener una cuantiosa fortuna, mi padre, tal vez tan despreocupado como yo mismo, se abstuvo de nombrarme ningún tutor. Teníamos un fiel criado llamado Tom; era negro y feo, pero poseía el corazón de oro más hermoso del mundo y fue mi compañero. Administró mis bienes con ayuda de nuestro abogado y cuando cumplí los veinte años yo, tu abuelo, no era un derrochador, ni un malvado, ni siquiera un infeliz. Era fuerte, batallador, y gustaba de las emociones fuertes... Trabajé mucho y bien, acrecenté mi fortuna y un día me casé, hoy me muero. Solo tú quedas en el mundo y solo tú puedes parecerte a mí. Y siguiendo la costumbre de mi padre, te dejo sola.

Esta carta la escribo a la hora de mi muerte, pienso cerrarla y lacrarla y solo tú puedes leerla cuando te sea entregada por mi fiel Greta. Es la única persona en quien puedes confiar. Pese a su juventud es una mujer fuerte, sensata y cariñosa. Es hija de mi fiel abogado y desde que su padre

murió ha sido para mí algo tan querido como tú misma. Estoy seguro que cerrará mis ojos, que llorará por mí y llevará flores a mi tumba. Es consolador saber que alguien puede llorar por nosotros y recordarnos con cariño aunque no nos una parentesco alguno.

Lo que quiero decirte. Ester, es lo siguiente: te queda una fortuna considerable, y quiero que algún día tus hijos puedan heredar lo que tú heredas hoy. Así pues, si es que decides casarte, mira bien con quién lo haces. Busca un hombre que no vea en ti solo el manantial inagotable. Y si para hallarlo le es preciso inventar una estratagema, no dudes en hacerlo. Yo siempre tuve fama de hombre original. Creo que tú como nieta mía, lo serás también. Hay mil maneras de conseguir mi objetivo que deseo el tuyo, y no dudes en alcanzarlo, aunque... Greta se enfade. Greta es demasiado sensata. Ester; pero tú jamás prescindas de ella. Como espero que al recibo de esta carta saldrás del colegio definitivamente y te trasladarás a este palacio de Londres, te ruego conserves siempre a mis fieles y amados criados que fueron para mí una familia muy querida y respetada. Yo me voy, Ester; pero tú quedas en el mundo y estoy seguro que me honrarás siempre. Un abrazo, el último abrazo de tu abuelo.

Juan Guardiola.

Al extinguirse la voz no había lágrimas en los ojos de Ester. Pero si una gran paz, una gran serenidad que conmovió a Greta.

—Desconozco ese plan, señorita Guardiola —refutó Greta, enojada—, y lo desapruebo ya.

—¿No dices que no lo conoces?

—En efecto. Lo desapruebo sin conocerlo. Si su abuelo la hubiese conocido como yo la conozco ahora, estoy segura de que se abstendría muy bien de escribir en los térmi-

nos que lo hizo. Él era un hombre original, pero usted lo es mucho más. Le supera, estoy segura de ello.

—Creo que yo también lo estoy —rio Ester, burlonamente.

Greta se puso en pie y se le acercó. Se dejó caer en el borde del canapé y pretendió coger las manos de la joven: pero esta las retiró presta y lanzó una burlona carcajada.

—Señorita Ester, tenga un poco de juicio.

—Voy a exponer mi plan y después decidiremos. Tal vez en honor a ti cambie un poco las cosas, aunque no estoy muy segura de ello. —Hizo una pausa y luego añadió, sonriente—: Greta, hace dos meses que fuiste a Paris a buscarme y dos días que hemos llegado a Londres. Por tu gusto esta misma noche me presentaría en un salón cualquiera, dando mi nombre al entrar. Todos conocían a mi abuelo. Por lo tanto, tan pronto como me presente como su nieta, será también conocida. Y no quiero, ¿sabes? ¡Oh, claro que no!

—¿Y qué piensa hacer para evitarlo?

—Mañana cogeremos el avión y nos trasladaremos a España, Greta.

La inglesa dio un salto en el canapé, debido al cual estuvo a punto de rodar por el suelo.

—¿A España?

—Naturalmente. Recuerda que llevo sangre española en las venas. Mi abuelo era español, mi abuela también y mi madre era sencillamente andaluza. No tengo familiar alguno; puedo hacer lo que me acomode. ¿No es cierto? Iré a España. Greta, iremos las dos. Quiero estudiar en una Universidad de allí. Pienso seguir una carrera, no sé cuál, creo que no me interesa mucho sea cual fuere.

—¡Eso es una locura!

—Bueno, quizá sea una locura, pero jamás locura alguna será tan deliciosa.

—¡Lo desapruébo rotundamente!

—Mi querida Greta —sonrió Ester dulcemente, aprisionando las dos manos de su interlocutora que acarició una y otra vez—, has oído por centésima vez el contenido de esta carta. Tú sabes tan bien como yo que el abuelo, veladamente, deseaba que yo reaccionara como lo estoy haciendo. Algún día volveremos a Londres. Tengo aquí mi vida y mi capital y aún cuando soy española, nací aquí —rio burlesca—. Siento curiosidad por conocer aquello; pero mi existencia transcurrirá plácida y serena en el lugar donde he nacido. Mi madre era andaluza, abuelo Juan nació en Asturias, se casó allá y luego volvió a su viejo rincón inglés. Y mi padre. Greta, se casó aquí, ¿no es cierto? Luego entonces, siendo mi padre inglés y mi madre española, yo deseo ardientemente vivir aquí, pero... como también deseo con el mismo ardor vivir en España, he decidido hacer una escapada. Estudiaré allí y luego...

—Aquí también puede vivir en el anonimato, señorita Ester —adujo Greta aún, creyendo poder convencer a la testaruda—. Su abuelo tiene grandes propiedades en el campo; trasládese allí, viva una existencia moderada; puede usted decir y yo afirmo, que es hermana mía. Hay ingleses muy interesantes que se prenderán de su gentil hermosura y no de su dinero.

Ester aplastó el nuevo cigarrillo sobre el cenicero y sonrió.

—Greta, quiero casarme con un español. No sería Guardiola si no lo hiciera. Estoy segura que abuelo Juan me sonríe en este instante desde el cielo, donde estoy segura se halla. Y mi abuela, y papá, que aun cuando nació, como yo en Inglaterra, tenía sangre ardiente de auténtico español y a la hora de casarse se trasladó allá para buscar esposa.

—¿Voy a tener que darle la razón, señorita Ester?

—Por supuesto, querida mía —rio la joven—. Y por favor, empieza ya a tratarme con más familiaridad. Vamos a ser dos amigas, o dos compañeras, como desees mejor. Yo me matricularé en una Universidad; tú que tanto admiras la

pintura y conoces algo del arte pictórico, harás muy bien en pasar por pintora. Seremos dos jóvenes intelectuales, ¿comprendes? Y nada de grandes hoteles ni bellos modelos. En una fonda cualquiera, donde haya algún simpático estudiante, viviremos maravillosamente.

—¿Y cree usted que eso también lo aprobaría el abuelo?

—Claro que sí. Él también era un gran bohemio.

—Y sus criados, sus coches, sus modelos...

—Todo quedará aquí, Greta.

La aludida se llevó las manos a la cara, y al separarlas lanzó un hondo suspiro. Ester, la juvenil y pícamela Ester, rompió a reír escandalosamente. Contempló el rostro compungido de la inglesa y su risa se acentuó. Era una mujer joven aún; tendría quizá unos treinta años, o tal vez más a juzgar por las hebras de plata que discretamente se confundían con sus cabellos muy rubios. Tenía los ojos azules, sin expresión definida, la boca grande y mejillas un tanto flácidas. No era bella ni horriblemente fea. Era simplemente una mujer sin encanto, exceptuando el de su bondad. Vestía sin gusto, y era sencillamente lo que Ester había dicho en un principio: «Una pintora bohemía».

—Continúo desaprobando esto, señorita.

—Llámame Ester —ordenó la joven, muy seria—. Y trátame de tú. Ve acostumbrándote, Greta. Será ridículo y fuera de lugar que en un descuido me llames señorita Ester, con esa voz aflautada que denota servilismo. Recuerda que mi abuelo te dejó a mi lado, advirtiéndome que eres una persona de absoluta confianza. Yo, a las personas que me merecen confianza sin límites, no las considero ajenas a mí. Así pues, tenlo presente. Desde ahora somos dos compañeras de estudios.

Se puso en pie. Si gentil parecía sentada, ahora, erguida en medio de la estancia, enfundada en el original pijama negro ribeteado en rojo, destacaba su esbeltez y elegancia.

Greta la contempló con admiración. Ester, que leyó en los ojos incoloros de su amiga, se echó a reír y dijo:

—Ya sé que soy bella. Greta. Alguna vez he salido del colegio con mi abuelo y los hombres me lo dijeron con sus ojos. Los ojos de los hombres resultaban a veces muy expresivos, ¿verdad, Greta?

—Nunca me he fijado en ese detalle —farfulló la aludida con pesar.

—Porque eres demasiado humilde. —Se miró al espejo y sonrió—. Hasta estos cabellos absurdamente lacios me dan cierto encanto. —Volvió los ojos hacia su interlocutora y preguntó—: ¿Crees, Greta, que puedo inspirar amor sin presentar mi cuenta corriente?

—¡Oh, es usted extremadamente frívola, señorita Ester! —censuró la inglesa—. Estoy segura de que si su abuelo lo hubiera comprobado como yo lo compruebo ahora, jamás la dejaría sola en el mundo. A los dieciocho años una joven necesita un tutor. Ha sido un terrible error de su abuelo y nunca lo lamentaré bastante.

—Dentro de mi frivolidad, Greta —dijo Ester muy seria—, se oculta una mujer sensata y razonable. ¿No es lógico que quiera ser amada y amar a mi vez hasta enloquecer? Tengo derecho, ¿no es cierto? No soy una muñeca, Greta; soy una mujer.

—No lo dudo.

—Pues entonces no me riñas. Y he de añadir para tu tranquilidad que no necesito un tutor para nada. En realidad mi abuelo supo bien lo que hacía dejándome en tu poder. ¿Ignoras, acaso, que mi abogado, al leerme el testamento, me dijo que jamás podría prescindir de ti? Era la orden póstuma de Juan Guardiola. Tal vez le llevó un buen puñado de años estudiar tu temperamento. ¿Qué más tutor que una inglesa rígida como tú, que no me dejará dar un paso si antes no lo consulto con ella? Estoy satisfecha, Greta. No creas que ello me enoja. Es como si mi madre no hubiera muerto —terminó con acento breve y muy dulce.

Greta, que hasta entonces estuvo ceñuda, se alzó despacio, fue hacia la joven, la apretó en sus brazos y manifestó:

—Estas últimas palabras, mi querida niña, son las más bellas que has dicho en toda la tarde. Si es que me consideras algo parecido a una madre, desde este instante te complaceré y seré una pintora bohemía. Yo también sé representar comedias, cuando se trata de favorecer a un ser querido. No tengo a nadie en el mundo excepto a ti y ya hace mucho tiempo que tu difunto abuelo me enseñó a quererte.

—¡Oh, Greta, qué buena eres! —susurró Ester, sinceramente emocionada.

—Desde hoy, mi querida amiga, nos lanzaremos a la conquista del corazón masculino. ¡Y ay de aquel hombre que caiga en mis manos!

Capítulo II

—¿Has visto, Esteban?

—No.

—Me refiero a esas dos mujeres que llegaron ayer noche a la fonda.

—Tiene las manos muy largas.

—¿Quién, Esteban?

El pobre Esteban dio un respingo.

—¿No me hablas de esas dos mujeres, Ignacio?

El aludido salió de la alcoba y se tropezó con Maria Luisa Quesada en el pasillo.

—¿Qué te pasa, Iñaqui? —dijo la joven—. Vas enfurecido.

Él dio la vuelta, miró a su compañera de estudios, se echó a reír y comentó:

—No es para menos. Tengo un compañero de alcoba muy ameno y divertido.

—¿Te refieres a Esteban?

—Naturalmente. ¿Crees razonable que un hombre de su talla y de su edad no se haya fijado en las dos mujeres que vinieron ayer? Le pregunto ahora qué le parecieron y me dice que tiene las manos muy grandes. Esto quiere decir que no se fijó en la belleza morena sino en las manos de su incolora compañera. Es desesperante. Marisa. ¿No te parece?

Maria Luisa —alta, esbelta, rubia, joven y muy moderna, con los ojos grises un poco sesgados—, se echó a reír y exclamó:

—¿Por qué no le has preguntado a Gabriel Menéndez? Tú sabes muy bien que Esteban solo vive para sus libros de texto. Las mujeres... ¡Bah! Le tienen sin cuidado.

—¡Diantre! ¡Pues ya no es un chiquillo!

—Por supuesto que no. Pero Esteban de la Torre nació para defender un pleito, no para amar una mujer.

Ignacio —alto, fuerte, atlético; cabellos rubios y ojos muy negros y chispeantes— se inclinó hacia Marisa, la miró al fondo de los ojos y susurró:

—Ambas cosas pueden hacerse a la vez, Marisina. ¿Quieres venir conmigo al cine esta tarde, corazón?

En el mismo tono de voz, repuso ella:

—No, encantito. Conozco tus tretas. Yo ya pasé de moda para ti. Ahora mariposea al lado de la extranjera.

—Me decepcionas, Marisina.

—No lo creas, encantiño.

Esteban de la Torre apareció en el pasillo. Iba abstraído, como siempre. Llevaba los libros bajo el brazo, la boina ladeada en la cabeza de mala manera, los lentes mal colocados sobre la nariz, el nudo de la corbata torcido y en aquel momento se ponía los guantes.

—Que te pones los dos en la misma mano, Esteban — chilló Marisa, riendo alocadamente.

El aludido elevó brusco la cabeza. Miró a sus compañeros, rezongó algo entre dientes, pero no acertó a ponerse los guantes en las dos manos.

—Siempre andáis atravesados por los pasillos de la fonda —gruñó enojado—. Y si no es en la fonda, en la Universidad...

—He dicho que llevas los dos guantes en una mano.

Esteban miró sus manos, lanzó una sorda exclamación y sus ojos danzaron tras los lentes, como los de un animal acorralado. Se puso los guantes bien y siguió caminando.

—Esteban, llevas los cordones de los zapatos desatados —observó ahora Ignacio.

El joven se detuvo en medio del pasillo, sin volver la cara. Pareció dudar un momento; pero al fin se inclinó para atarse los cordones. Y cuando iba a incorporarse, los libros se deslizaron y cayeron esparcidos por el suelo.

En aquel instante una gentil figura femenina apareció en el recodo del pasillo, seguida muy de cerca por otra figura desgarbada, cuyas manos terriblemente grandes sujetaban un caballete.

Ignacio dio un respingo. Marisa rio discretamente y Esteban ni siquiera se fijó en ella. Pero la joven se inclinó hacia el suelo y cogió algunos libros.

—Tenga —dijo en perfecto español.

Esteban se sonrojó hasta la raíz del cabello. Parpadeó confuso, apenas si pudo dar las gracias y escapó con los libros apretados bajo el brazo como alma que lleva el demonio.

Ester y Greta saludaron con la cabeza a la pareja y se perdieron tras la puerta lateral.

—¿Y bien? —exclamó Ignacio, indignado—. ¿Has visto qué momento más estupendo para hacer amistad con esa beldad? Esteban es un idiota.

—Mañana esperas a que pase ella para salir tú —dijo Marisa, alejándose— y los dejas caer a sus pies.

—¿Te vas?

—No pienso perder la clase. Si tú no vienes...

—Iré luego.

—A la salida, ¿no?

—Puede que sí. Buscaré a la patrona para que me presente a la extranjera. Pienso invitarla a tomar el vermut.

—Nunca dejarás de ser un don Juan barato, ñaqui. ¡Que tengas buena suerte!

A la salida de clase, Maria Luisa coincidió con Esteban. El pobre se preocupaba tan poco de sí mismo que ni siquiera tenía amistades. Había llegado a Madrid un día cual-

quiera, procedente de no se sabía dónde. Se conocieron en la fonda. Ella comprendió a Esteban tan pronto lo vio. Y mientras los demás se reían, ella le ofreció su amistad. Verdad es que Esteban apenas si se dignó fijarse en su rasgo de generosidad. Por lo visto Esteban solo tenía un objetivo: Terminar la carrera, marchar lejos, trabajar y vivir... Era una forma como otra cualquiera de alcanzar un fin, mas Marisa estaba segura de que hasta el mismo Esteban desconocía aquel fin, por el cual luchaba con denuedo.

En aquella pensión eran cuatro los huéspedes. Ignacio Salgado, Gabriel Menéndez, Esteban de la Torre y ella. Ahora se habían agregado aquellas dos extranjeras un poco extravagantes. Ignacio era un pésimo estudiante. Tenía sus padres en un pueblo próximo a Bilbao y ellos llenaban generosa mente el bolsillo del estudiante, quien mientras tuviera dos pesetas, no pensaba en las aulas ni mucho menos. Era guapo, interesante y tenía un cerebro nulo. Luego Marisa pensó en Gabriel Menéndez. Bajito, regordete y muy chato. Debía contar unos veinticinco años y estudiaba el último de abogado. Era dicharachero y bromista y siempre irritaba a Esteban cuando este aparecía en el comedor mal afeitado o con la camisa del revés. No tenía padre y si un tío que de regreso de América se había empeñado en hacer estudiar al muchacho. No aprovechaba mal los estudios y tenía novia en Madrid. Una novia rica, algo simplona, que encajaba muy bien el temperamento pasivo y ramplón de Gabriel Menéndez. Luego estaba Esteban. Por lo visto, también era huérfano, pero este carecía de un tío indiano. Había ganado una beca y la honraba, sí, señor. Esteban no desperdiciaba nada. Terminarla su carrera aquel año y después... ¡Bah! Cualquiera sabía lo que haría Esteban después... ¿Y de ella, que podía decir? No tenía padres, pero tenía abuela. Una abuela moderna y vivaracha que confiaba en ella, en su sensatez y en su amor al estudio. Cursaba el tercero de abogado y pensaba llegar lejos... ¿Adónde?